

Mons. Tihamer Toth

¿QUE ES LA CRUZ DE JESÚS PARA NOSOTROS?

La cruz de Jesús es para nosotros: A) una indicación; B) un rescate; C) una misericordia; D) un consuelo.

A) La cruz de Cristo es una indicación para nosotros.

a) Nuestro Señor ciertamente predicó mucho, pero jamás tan eficaz y elocuentemente como sobre la cruz. Lo que en este mundo, tiene un verdadero valor y lo que es vana apariencia, lo que es totalmente malo y lo que es verdaderamente bueno, lo que debo temer y lo que debo imitar, la monstruosidad del pecado ante Dios, la reparación que exige, el camino que debo seguir, si quiero llegar a la vida eterna, todo esto lo enseña la cruz de una manera efectiva. La provisión de agua, de una caravana que viajaba en el desierto, tocaba a su fin; el calor se hacía insostenible, los viajeros se ponían más y más impacientes, más y más nerviosos. Mas de ahí que ante sus ojos surgen unas palmeras, indicio de un verde oasis. Quieren precipitarse pero el guía los retiene: "Tranquilizaos. No es más que la vista".

Torturados por la sed, continúan su camino. Sus ojos ardientes por la fiebre, aperciben de nuevo las palmeras y un verde césped, y más cerca, creen aún oír el murmullo de una vertiente. Pero el guía les repite que no es sino una ilusión y de nuevo no quiere dejarlos ir en esa dirección. Entonces uno de los viajeros coge un revólver y le dispara al guía. Y mientras se desploma herido de muerte, hace un último esfuerzo para indicarles el buen camino diciendo: "Seguid esta dirección, si no estaréis perdidos".

Cristo, nuestro guía, indica también muriendo, el camino de la vida a la caravana humana que camina en el desierto de esta tierra. Extendiendo sus brazos les dice: "Seguid la dirección que os muestra la cruz si no estáis perdidos". Escuchemos estas palabras de San Pedro: "Cristo ha sufrido por nosotros, dejándonos un modelo, a fin de que sigamos sus huellas" (I San Pedro II, 21).

b) Pero la cruz de Cristo es una indicación para nosotros, aun según otros puntos de vista.

La cruz del Gólgota dió a la humanidad la respuesta inútilmente esperada durante siglos al problema angustioso del sufrimiento.

¡Qué melancolía, qué impotente pesimismo sobre los labios de aquéllos que, antes de Cristo, buscaron la solución de este problema! ¡Qué desesperación en las palabras de uno de los más grandes filósofos griegos: Más le habría valido al hombre no haber nacido; y si hubiera nacido, lo mejor es que muera pronto! ¡Qué melancólico aspecto del problema del sufrimiento nos ofrecen los rasgos del grupo de Laocoön o las tragedias de Sófocles y de Eurípides! La vista de la maldad del mundo ha hecho decir con amargura a uno de los

autores de la Santa Escritura, al autor del Eclesiástico: "He encontrado a los muertos más felices que a los vivos, y más felices que los unos y los otros al que todavía no ha llegado a la existencia y que no ha visto las malas acciones que se cometen bajo el sol" (Eclesiástico IV, 2-3).

Y a todas estas preguntas angustiosas, Cristo nos ha contestado de lo alto de la cruz. De lo alto de esta cruz donde ha llegado al máximo de los sufrimientos inmerecidos. Y Cristo, que sobre la tierra era el que menos merecía el padecimiento, lo tomó sin embargo sobre sus hombros, en una medida superior a todo lo que se había sufrido jamás sobre esta tierra. Y además lo tomó voluntariamente a fin de satisfacer así por los pecados de los demás. Es por esto que todo hombre que sufre se siente amparado, si mira la cruz donde sufre Cristo. Desde entonces todo sufrimiento humano se transforma, si lo unimos a los sufrimientos del Salvador.

Es por esto que la cruz de Jesús es una indicación para nosotros.

B) Pero la cruz de Cristo, ha venido a ser para nosotros un rescate.

Sin los méritos redentores del Salvador, aún hoy día no habríamos sido rescatados.

La orgullosa humanidad había a menudo deseado rescatarse ella misma; creía que podía bastarse a sí misma, que era suficiente para su felicidad, el laboratorio, la fábrica, la máquina, la mina, la técnica, el ferrocarril, el dirigible... Pero en las épocas de las grandes decepciones como la que vivimos, le fue necesario reconocer más y más, que sin el concurso de la mano de Dios, la vida no le podía ofrecer más que la amargura de los problemas sin solución. Por lo demás, nuestros grandes genios lo han comprendido y proclamado, para citar sólo al "Prometen atado" de Esquilo, el "Parsifal" de Wolfram von Eschenbach, la "Divina Comedia" de Dante, "La Tempestad" de Shakespeare, "Fausto" de Goethe y "La tragedia Humana" de Madach.

Pero después que la sangre de Cristo ha manado sobre el alma humana, hemos sido verdaderamente rescatados y la fortaleza divina de la vida eterna puede ser elevada en nuestras almas. ¿Conocéis la leyenda de Clemente Homives? Esta leyenda según la cual los albañiles mezclan sangre humana al mortero que servirá para construir la fortaleza, a fin de que pueda desafiar los ataques. ¡Y bien!, después que la sangre de Cristo ha manado sobre nuestras almas y circula en nuestras venas, el reino inexpugnable de la vida eterna puede ser edificado en nosotros, en nuestra alma rescatada. Es así que la cruz de Cristo ha sido nuestra salvación.

C) La cruz de Cristo es aún el signo de la misericordia.

Que nuestro Padre Celestial sea verdadera e infinitamente misericordioso para aquéllos que se convierten, que nuestra sed de perdón no sea el sueño febril de un pecador acorralado, sino una santa realidad, es lo que demuestra con una perfecta claridad Nuestro Señor Jesucristo sobre la cruz, el

misericordioso Salvador acogiendo al buen ladrón. Qué sucedió en el alma del buen Ladrón, cuando sobre la cruz, balbuceó sus palabras de arrepentimiento, el Evangelio no lo dice, pero no es difícil imaginárselo. Escuchaba los clamores del pueblo, cegado contra Cristo, las blasfemias del otro facineroso crucificado con él y entonces en su último momento, no pudo resistir más a la Gracia Divina, que hasta este momento había golpeado en vano a la puerta de su alma. Todas las maldades de su vida pasada desfilaron ante él y con sus ojos vidriosos lanzó una mirada sobre Cristo, del cual la sangre manaba junto a él y exhala estas palabras de arrepentimiento: "Señor, acordaos de mí, cuando estuviereis en Tu reino" (S. Lucas XXIII, 43).

Y el Hijo de Dios agonizante le dió inmediatamente la absolución: "En verdad te digo, hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso". (S. Lucas XXIII, 43).

Detengámonos unos instantes, mis hermanos. ¿No quieren creer vuestros oídos? ¿Por qué? ¿Dios no es misericordioso? ¿No es suficiente para El una palabra salida de un corazón arrepentido? ¿No es suficiente pronunciar con arrepentimiento el nombre de, Jesús? Sí, debemos creer que esto es suficiente: el Dios de misericordias ha perdonado.

Es verdad, que el Ladrón convertido debía aún expiar antes de entrar en el Paraíso, pero después de la expiación lo esperaba la misericordia divina. Es verdad que tuvo que sufrir aún horriblemente: los soldados romanos le quebraron las piernas, sobre la cruz. Aquél que se ha quebrado una pierna ¿tendré necesidad de decirle lo qué significa esta expiación? Pero después de esta pena lo esperaba la misericordia Divina.

Mis hermanos, vosotros que estáis tan aterrados por las deficiencias de vuestra vida pasada, vosotros que no osáis contar con un misericordioso perdón, mirad pues, he aquí el camino de salvación: tened confianza, tened confianza en el perdón Divino, digamos muy bajito, con contricción, nuestros pecados en el confesionario, hagamos penitencia y no pequemos más.

"Qui Mariam absolvisti et latronem exaudisti, mihi quoque spem dedisti", recita la Iglesia en esta magnífica secuencia del "Dies irae". "Vos que absolvisteis a María Magdalena la pecadora y escuchasteis al Ladrón, a mí también me habéis dado esperanza". Es así que la cruz de Jesús es el signo de la misericordia.

D) Y al fin la cruz de Cristo es igualmente para vosotros una señal de gran consuelo.

Después que Cristo murió sobre la cruz, este signo de infamia pasó a ser un signo de consuelo para toda alma que ama a Dios. Una cruz se alza sobre las tumbas cristianas y este signo sagrado es para nuestras sepulturas el único consuelo, que no sea pues muda y que no permanezca como una palabra impotente ante la severa majestad de la muerte: nos habla de la vida eterna más allá de la tumba.

Cerca de la isla de Heligoland, en medio de las olas inmensas del Mar del

Norte, se encuentra un pequeño banco de arena: nadie lo habita, hay solamente ahí, un cementerio sumergido en una gran tranquilidad. Imposible imaginar un abandono más absoluto, difícilmente se puede sentir una impresión más penosa que en este pequeño cementerio, donde están enterrados, estos muertos desconocidos donde las olas arrojan los cadáveres a la playa de Heligoland. El nombre de este cementerio es evocador de muchos dolores: "El cementerio de los sin país". No se sabe quiénes eran, no se sabe de dónde venían, no se sabe quién los llora en su casa; aquí reposan en la tranquilidad y el silencio. No hay en la tierra abandono más grande... y por tanto, mis hermanos, en cualquier lugar de la tierra que sea cavada nuestra tumba, aun cuando fuera en un banco de arena desconocido del inmenso océano; no estamos abandonados, no estamos solos y lo que es más importante, no volveremos sin esperanzas a la tierra, sí... si sobre nuestra tumba brilla la cruz consoladora de Cristo, la cruz bendita de Nuestro Señor Jesucristo.

El arte ha elevado sobre las tumbas, magníficos monumentos, pero yo no los necesito. ¡Que sobre mi tumba no se alce otro signo que la cruz, la cruz bendita sobre la cual Nuestro Señor ha vertido su sangre por mí! Pues yo digo con San Juan Damasceno: La cruz es un escudo, un arma y un signo de victoria contra el demonio, ella es la resurrección para los muertos, un apoyo para los que están de pie, un sostén para los débiles, un cayado para los pastores, un guía para los convertidos, una prenda de éxito para aquéllos que progresan en el bien, un signo de salvación para el cuerpo y el alma, un protector contra los males, la fuente de todo bien, el árbol de la vida eterna. Y yo reconozco con San Pablo: "Para mí, me guarde de glorificarme, si no es en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí como yo lo estoy para el mundo" (Gálatas VI, 14).

Strindberg, el gran poeta sueco, cuando sentía, después de numerosos errores espirituales, que la muerte se acercaba, pronunció estas palabras: "Ave crux, spes unica".

¡Salve, cruz santa, nuestra única esperanza! ¡Salve, oh, Cristo, que habéis sido condenado a muerte de cruz y Os impusisteis este sublime sacrificio por mí! ¡Salve, oh, Cristo, que todavía hoy estáis condenado por tantos hombres al suplicio de la cruz! Os ruego, dadme la mano y dirigid mi vida, a fin de que no Os condene a muerte de cruz, por mi vida, mis palabras y mis actos; pero si Vos, Vos habéis muerto por mí, yo también, pueda vivir para Vos, viva conforme a Vuestros Santos mandamientos... ¡Salve cruz santa, cruz bendita de Cristo!

(Tihamer Toth, Cristo Redentor, Pág. 264-269)